

---

INVESTIGACIÓN  
NATALIA: DEL SILENCIO RESISTENTE AL GRITO  
DE INFIERNO RESILIENTE



Gramma

*NATALIA: FROM RESISTANT SILENCE TO A RESILIENT  
HELLISH SCREAM*

---

María Eugenia Cairo[1]  
Universidad del Salvador, Argentina  
meugenia.cairo@usal.edu.ar

**Gramma**

vol. XXXVII, núm. 76, 2026  
Universidad del Salvador, Argentina  
ISSN: 1850-0153  
ISSN-E: 1850-0161  
Periodicidad: Bianaual  
revista.gramma@usal.edu.ar

Recepción: 13 diciembre 2025  
Aprobación: 22 febrero 2026

URL: <https://portal.amelica.org/ameli/journal/260/2605634003/>

**Resumen:** El presente artículo analiza el proceso de construcción de resiliencia de Natalia, protagonista de *La plaza del Diamante*, de Mercè Rodoreda, en el contexto histórico de la Guerra Civil española y la posguerra franquista. Desde un enfoque interdisciplinario que articula estudios literarios, teoría de la resiliencia y perspectiva de género, se examina la evolución de la protagonista desde un silencio impuesto por la violencia estructural, familiar y social hacia una agencia resiliente expresada en un grito final liberador. El análisis se apoya en el modelo triádico de resiliencia para mostrar cómo Natalia transforma la resistencia pasiva en un accionar resiliente. Se sostiene que la narrativa de Rodoreda resignifica el trauma individual y colectivo como forma de empoderamiento femenino.

**Palabras clave:** resiliencia, silencio, violencia de género, identidad femenina, Guerra Civil española, posguerra franquista.

**Abstract:** *This article analyzes the process of resilience construction in Natalia, the protagonist of La plaza del Diamante by Mercè Rodoreda, within the historical context of the Spanish Civil War and the Francoist postwar period. From an interdisciplinary approach that combines literary studies, resilience theory, and a gender perspective, the article examines the protagonist's evolution from imposed silence toward resilient agency, arguing that Rodoreda's narrative resignifies individual and collective trauma as a form of female empowerment.*

**Keywords:** *resilience, silence, gender-based violence, female identity, Spanish Civil War, postwar period.*

En *La plaza del Diamante*<sup>[2]</sup>, Mercè Rodoreda<sup>[3]</sup> representa el periodo anterior a la guerra civil, los años de la guerra y la dictadura de Franco. La Segunda República (14 de abril de 1931-1 de abril de 1939), en medio de un ambiente de tensión política y social, sufrió una sublevación militar entre los días 17 y 18 de julio, y este acontecimiento desencadenó la Guerra Civil que se extendió durante tres años y culminó con el triunfo del general Francisco Franco, quien llegó al poder e instauró el franquismo, una larga dictadura que concluyó cuando aquel, gravemente enfermo, le transfirió sus poderes al príncipe Juan Carlos, jefe de Estado interino.

Los días previos al estallido del enfrentamiento entre hermanos españoles transcurrieron bajo órdenes gubernamentales de armar al pueblo al compás de la violencia en las calles que pronto escalaría. «El aire», describe Mercedes Fórmica<sup>[4]</sup> en *Visto y Vivido* (1983), «estaba lleno de gritos sofocados, de alaridos sofocados, de vidas sofocadas. Olía a podredumbre, a ceniza, a cadáver» (p. 212). Sin embargo, «ni los que se alzaron ni los que se defendieron fueron conscientes de que se iniciaba una contienda terrible, que duraría tres años y produciría un millón de muertos» (Fórmica, 1983, p. 217). Tanto hombres como mujeres se vieron afectados. Los hombres se armaron y ocuparon su lugar histórico en el frente de batalla. Algunas mujeres republicanas también tuvieron un rol activo en su función de milicianas. Otras debieron asumir las responsabilidades que había detentado el esposo hasta ese momento y se convirtieron en el sostén económico de sus familias.

La mujer española que enfrenta la guerra y luego la dictadura había logrado ciertos avances durante los años de la República, tales como el voto y un atisbo de incorporación a la vida pública. No obstante, no tenía acceso a una amplia libertad de trabajo ni había conseguido el justo reconocimiento de su personalidad jurídica, que imposibilitaba su independencia económica. Las características más valiosas de una mujer — tanto de derecha como de izquierda— eran la abnegación, el sacrificio y la renuncia a ella misma (Mangini, 1995, p. 43). Estalla la Guerra Civil y «[...] la existencia de un frente de batalla determina una separación de sexos que no es precisamente propicia a la integración de la mujer en la vida civil» (Capmany, 1975, p. 23). Esta mujer española espera el día en que «el vivir sin amparo directo masculino, sin lo que tan gráficamente se llama la *sombra* de un marido o de un pariente varón, no sea una especie de opción entre la prostitución y la miseria» (Nelken, 2012, p. 210). Esta mujer española debe construir resiliencia para enfrentar la adversidad de la guerra y resistir el discurso autoritario mientras se despoja de las imposiciones de una sociedad que la oprime desde las esferas política, jurídica y educativa. En fin, esta mujer española debe ser resiliente y «[...] activar una serie de recursos personales, familiares y sociales que le permiten convertir un posible territorio trágico en lo que hoy suele llamarse área de oportunidad» (Meza Jara, 2019, I, párr. 1).

La palabra «resiliencia» tiene su origen en el idioma latín, en el término *resilio*, que significa ‘volver atrás’, ‘volver de un salto’, ‘rebotar’, ‘resaltar’. Es un concepto que empezó a construirse a partir del sigloXIX, cuando el campo de la ingeniería lo introdujo «para describir la capacidad elástica de un material para recuperarse de un esfuerzo o deformación y volver a su estado inicial» (Ponis y Koronis, 2012, citados en De La Fabián Albagli y Sepúlveda Galeas, 2018, p. 5). Luego se produce una traslación conceptual desde las ciencias exactas hacia las ciencias sociales (la psicología y la sociología) y adquiere la denotación de proceso o fenómeno dinámico y evolutivo de reconstrucción del individuo a partir de un acontecimiento traumático que no es innato ni se adquiere naturalmente en el desarrollo. Rutter (1992) define la resiliencia como el «conjunto de procesos sociales e intrapsíquicos que posibilitan tener una vida “sana”, viviendo en un medio

“insano”. Estos procesos tendrían lugar a través del tiempo, dando afortunadas combinaciones entre atributos del niño y su ambiente familiar, social y cultural» (como se citó en Puig y Rubio, 2013, p. 41). La resiliencia implica una construcción dialógica e interactiva entre las personas —autores y fuentes de su accionar resiliente— y la sociedad, las familias, escuelas y comunidades que «[...] son el escenario de promoción de la resiliencia, y propician el despliegue, proveen de los factores protectores [...]» (Llobet, como se citó en Granados-Osfinas *et al.*, 2005, p. 62).

De esta manera, se concluye que la resiliencia no puede desarrollarse en aislamiento y demanda una construcción social (Granados-Osfinas *et al.*, 2017, p. 56), en la que «[...] participan distintos factores que van desde lo individual, familiar y comunitario, hasta los cruces dinámicos que se producen entre dimensiones emocionales, cognitivas y socioculturales» (Madariaga *et al.*, 2003, citados en Salomone y Gallardo, 2017, p. 194). Y en este ámbito sociocultural, la narrativa, una forma de agencia cultural, facilita la resiliencia individual y colectiva (Fraile-Marcos, 2020, p. 158). De hecho, las narrativas literarias cumplen la doble función de ser «*aesthetic representations of the working of resilience in the face of trauma and important mechanisms for the construction of resilience*» [representaciones estéticas del despliegue de la resiliencia frente al trauma y mecanismos clave para su construcción] (Basseler, 2019, como se citó en Fraile-Marcos, 2020, p. 11). Aunque Mercé Rodoreda (1986) afirma que su tiempo histórico «[le] interesa de modo muy relativo» (p. 12), en *La plaza del Diamante*, «teje las referencias históricas con una intrahistoria individual de la protagonista [Natalia] y de la relación de esta con su marido» (Napiorski, 2004, p. 35). Esta novela publicada en 1962 propone una resignificación de la vida de la mujer en la España de guerra y posguerra y la pone en relación con los acontecimientos que configuraron la vida colectiva, pero la singularizaron y, a su vez, desestabilizaron lo que hasta ese momento le hicieron creer que era equilibrio. *La plaza del Diamante* es un ejemplo de narrativa de resiliencia que adquiere sentido en el trabajo subjetivo que desarrolla la protagonista para resistir frente a la destrucción y la violencia y terminar construyendo un conductismo vital positivo.

Natalia es una víctima de violencia en un contexto español de guerra y posguerra, estresores que componen una experiencia traumática. A partir de una cadena causal cuya variable distal es la pérdida de su madre, y la proximal, la violencia física, psicológica y verbal del Quimet, quien domina su cuerpo y espacio y amenaza su propia identidad y sentido de ser. La protagonista elige el silencio como forma de resistencia. Es un sujeto que está resiliando, está siendo, mientras enfrenta silencios, vacíos y rupturas en un escenario donde el frente de batalla provoca una separación de los sexos que no es favorable para la mujer. Natalia abandona la pasividad, se empodera como agente activo, construye resiliencia y logra darle un sentido a la adversidad para empezar a persistir en lugar de resistir.

La resiliencia, como ya se mencionó, requiere un diálogo recíproco y bidireccional entre la persona y la sociedad donde crece y se desarrolla. Por lo tanto, en lo que se denominó la primera generación de investigadores en resiliencia, el foco estuvo en los atributos individuales, los vínculos afectivos, el ambiente social protector de los sujetos y en aquellos factores diferenciadores que llevan al individuo a responder de una manera particular ante la adversidad. Esto se llamó el modelo triádico de resiliencia, «que se configuraba desde los atributos personales, el ámbito familiar y los escenarios sociales donde acontece la vida de los sujetos» (Infante-Espínola, 2002, como se citó en Granados-Osfinas *et al.*, 2017, p. 54). Y es este el modelo que se tomará en cuenta para analizar la reconstrucción identitaria de Natalia: su paso del silencio resistente al grito de infierno resiliente.

## ATRIBUTOS INDIVIDUALES

«Y me iba apagando del mismo modo que se iba apagando la claridad, y el mirlo sin cansarse saliendo siempre de abajo y yendo de un árbol a otro y volviendo a salir de abajo como si fuesen muchos mirlos los que lo hicieran».

Rodoreda (2009, p. 18)<sup>[5]</sup>

A lo largo de la novela que es objeto de análisis en el presente trabajo, se produce una evolución de la personalidad de la narradora. Natalia experimenta un proceso que comienza con la declaración de que su llama de vida (que ya no ardía de manera resplandeciente) se iba apagando y termina con la afirmación reiterativa «Dije que quería [...]» (Rodoreda, 2009, p. 213). La personalidad hace referencia a las características estables de una persona que pueden ser innatas o adquiridas y que determinan su comportamiento. De manera específica, «el patrón de personalidad resistente consistiría en una serie de actitudes y acciones que ayudan a transformar las situaciones de potenciales desastres a oportunidades de crecimiento» (Maddi, 2002 y Khoshaba, 2005, citados en Puig y Rubio, 2013, p. 97). Por lo tanto, la personalidad resistente, afirma Bonnano (2004), podría tener el camino allanado para alcanzar la resiliencia y emprender un crecimiento personal, a pesar de las circunstancias estresantes (como se citó en Puig y Rubio, 2013, p. 98). A partir de estas definiciones, se puede concluir que Natalia es una mujer resistente que desarrolla una personalidad resiliente hacia el final de la historia.

La personalidad resiliente presenta fortalezas intrapsíquicas, habilidades para la acción y competencias o respuestas amortiguadoras (Puig y Rubio, 2013, p. 99). Las primeras son «aquellos recursos internos de cada persona, que pueden ser fortalecidos en su interacción con el ambiente, que conforman su personalidad y le protegen frente a la adversidad ad» (Lemaître y Puig, 2004, citadas en Puig y Rubio, 2013, p. 100). Estos recursos se consideran los pilares que configuran la esencia del individuo y sobre los cuales actúan los factores ambientales y sociales. Aunque se proporcionaron distintas listas de pilares (Grotberg, 1996; Wolin y Wolin, 1993; Munist y col., 1998; Suárez Ojeda, 2001; Rojas Marcos, 2010), en el caso de Natalia, nos concentraremos en la *introspección, espiritualidad, moralidad, interacción, comunicación, iniciativa, creatividad/independencia/autonomía, autoestima, y coherencia*. Cabe destacar que estos pilares no son independientes entre sí, sino que se relacionan entre ellos. A su vez, estas fortalezas del individuo se manifiestan mediante destrezas y «habilidades interpersonales o sociales de resolución de conflictos, que se orientan a la acción, y que entran en juego en la interacción» (Puig y Rubio, 2013, p. 102). Por último, esta persona potencialmente resiliente acciona ante la situación estresante mediante un mecanismo protector que aparece únicamente en presencia de un suceso traumático.

## INTROSPECCIÓN

La introspección es la capacidad que, a partir de una observación que se produce bidireccionalmente hacia fuera y hacia dentro, nos conduce a examinarnos, preguntarnos y plantearnos cuestiones difíciles, cuyo resultado es la producción de una respuesta honesta. En el adulto, «la introspección se manifiesta como la sabiduría, la comprensión de sí mismo y de otras personas, con aceptación de las dificultades, sin culpar a los demás» (Puig y Rubio, 2013, p. 108). Mediante el discurso interior de la protagonista, «en íntima relación con el neurótico contexto español de guerra y posguerra» (Aguirre, 1978, p. 504), accedemos a su lucha diaria por tratar de comprender su mundo tanto interno como externo. La Natalia que Quimet conoce en la

plaza del Diamante tiene un desasosiego que no la deja vivir y desconoce completamente los sentimientos y emociones que lleva por dentro: «En casa vivíamos sin palabras y las cosas que yo llevaba por dentro me daban miedo porque no sabía si eran mías...» (Rodoreda, 2009, p. 25). Esta ignorancia sobre sí misma la impulsa a concluir que lo que a ella le pasaba era «que no sabía muy bien para que estaba en el mundo» (p. 38). Y, de hecho, prefiere no saber ni pensar, porque en el momento en que empieza a hacerlo, se ve rodeada de pozos, frente a la amenaza de caer en cualquiera de ellos.

Natalia es como las carcomas cuyo accionar de afuera hacia adentro no la convence y llega a la conclusión de que, en realidad, lo hacen de dentro hacia fuera «y saca[n] la cabeza por el agujerito redondo y p[iensan] en las diabluras que está[n] haciendo» (p. 249). Son los ojos color de mar de Mateu<sup>[6]</sup> los que inician su arduo camino hacia el entendimiento: «[...] y sin darme cuenta, pensaba en cosas que me parecía que entendía y que no acababa de entender..., o aprendía cosas que empezaba a saber entonces...» (p. 132). Se desata la guerra, Quimet muere en el frente de Aragón, y Natalia, por medio de una metáfora, explica este cambio rotundo en su interior: «Por la noche, si me despertaba me sentía por dentro como una casa cuando vienen los hombres de la mudanza y lo sacan todo de su sitio» (p. 174). Se ve obligada a casarse con Antoni, el almacenero que le ofrece una salida mediante el matrimonio, y luego de atravesar un periodo turbulento de miedos y angustia que se manifiestan en su negativa de salir de casa, en el no dormir y el no vivir, la protagonista empieza a ser consciente del paso del tiempo «que no se ve y nos va amasando» (p. 236) y del tiempo dentro de ella, acciona y vuelve sobre sus pasos, saca la cabeza y exterioriza su pena. Finalmente, empieza a vivir todo lo que tenía dentro.

## ESPIRITUALIDAD

Este acceso al propio ser también se logra por la capacidad que tiene Natalia de darle sentido a su propia vida, es decir, por su espiritualidad. La persona se desarrolla y se fortalece a partir de esta búsqueda de significado. Tras la guerra y la muerte de Quimet, Natalia atraviesa su peor momento. Aunque encuentra un trabajo para fregar la escalera de una portería los sábados y limpiar una sala donde hacen películas dos mañanas cada semana, esto es «como un grano de arena tirado en el suelo» (p. 182). Ante la imposibilidad de darles de comer a sus hijos, toma la decisión de que esto tenía que acabarse:

Solo tenía que comprar el agua fuerte. Cuando durmieran, primero a uno y después a otro, les metería el embudo en la boca y les echaría el agua fuerte dentro y después me lo echaría yo y así acabaríamos y todo el mundo estaría contento, que no habíamos hecho mal a nadie y nadie nos quería. (Rodoreda, 2009, p. 183)

Al otro día, sale sin portamonedas ni botella. Observa los tranvías sin cristales y la gente mal vestida, y sigue a una mujer con paraguas que entra en una iglesia. Ahí, mientras todos tienen la cabeza baja, Natalia pone sus cinco sentidos a disposición del ambiente. Escucha unas voces «que venían de lejos, como si viniesen del gran pozo de la pena, como si saliesen medio apagadas de gargantas cortadas, de labios que no podían decir palabras y toda la iglesia se quedó como muerta» (p. 189). Asustada por los ojos aterrados de la señora del paraguas que también debía de ver a los soldados muertos en la guerra cuya presencia confirmaba el canto de ángeles furiosos, escapa y concluye que todo seguía igual. La vida pierde significado para Natalia, quien decide deshacerse de la pena del mundo y seguir con su plan.

Es Antoni quien la ayudará a encontrar ese sentido mediante el ofrecimiento de un trabajo, primero, y matrimonio, luego. Se da cuenta de que nadie puede vivir «con aquel ir y venir de las olas metido dentro» (p. 199) y se echa a llorar como si no fuese una mujer. Y aunque le cuesta, porque la calle todavía le da miedo, empieza a hacerse la casa y las cosas suyas, también la luz y la oscuridad. El miedo le dura dos o tres años, pero luego ya aparecen las ganas de reír pequeñas cuando recuerda su batalla personal contra las palomas de Quimet. Natalia se toca la cara y reconoce. Y cuando decide por fin accionar y enterrar su pasado, vuelve a la casa que compartió con su primer esposo. Admite que ve las cosas nubladas, pero no muertas, «como si les hubiesen caído encima nubes y nubes de polvo...» (p. 250). El sentido de su vida sigue un poco borroso..., pero finalmente se vislumbra.

## MORALIDAD

Ahora que la protagonista se conoce y reconoce, y sus actos empiezan a denotar y connotar, tiene la capacidad de adoptar una actitud comprometida hacia los valores y deseárselos a otros los mismos logros. Esta conciencia informada y moral está en la búsqueda activa de una riqueza interior. En el adulto, la moralidad «se manifiesta como la capacidad de servicio y entrega hacia los demás» (Puig y Rubio, 2013, p. 107). Y es exactamente esto lo que se esperaba de una mujer de posguerra:

La mujer de España, por española, es ya católica —leemos en un texto de la época—. Y hoy, cuando el mundo se estremece en un torbellino guerrero en el que se diluyen insensiblemente la moral y la prudencia, es un consuelo tener a la vista la imagen antigua y siempre nueva de esas mujeres españolas comedidas, hacendosas y discretas. No hay que dejarse engañar por ese otro tipo de mujer que florece en el clima propicio de nuestra polifacética sociedad, esa *fémmina* ansiosa de «snobismo» que adora lo extravagante y se perece por lo extranjero. Tal tipo nada tiene que ver con la mujer española y, todo lo más, es la traducción de un modelo nada digno de imitar. (Agustín Isern, en *Y*, septiembre de 1943, como se citó en Martín Gaité, 1994, p. 26)

En este mundo sin moral, la mujer española, mientras mantiene una actitud pasiva y espíritu de sacrificio, tiene que ser el ejemplo de moralidad y promoverla, «ya que ella había de ser el puntal y el espejo de futuras familias» (Martín Gaité, 1994, p. 27). Con una casa invadida por las palomas de Quimet y obligada a salir a trabajar «porque aquello no era vivir» (Rodoreda, 2009, p. 113), Natalia descuida a su familia: «No le podía decir que mis hijos eran como flores mal cuidadas y que mi casa, que había sido un cielo, ahora era un batiburrillo [...]» (p. 122). Cansada de vivir en el infierno del palomar, arma su revolución contra ellas en el momento en que estalla la Guerra Civil. Con Quimet en el frente de Aragón y al contrario de «esas muchachas de la revolución [...] que no tenían vergüenza» (p. 160), ella queda como sostén de familia. Llega la noticia de la muerte de su esposo, y Natalia se hace de corcho y el corazón de nieve, agarra la vergüenza por el cuello y les pide trabajo a sus antiguos empleadores: es rechazada por su condición de roja<sup>[7]</sup>. Finalmente, para salvar a sus hijos y salvarse, vuelve a comprometer su libertad y, a pesar de que no le gustaba nada y se arrepiente desde el momento que había dicho que sí, decide casarse con Antoni, quien promete poner orden en su vida.

## INTERACCIÓN/RELACIÓN

Aunque su espíritu de sacrificio está presente desde las primeras páginas de la novela, a Natalia le resulta muy difícil relacionarse con las personas que la rodean y establecer vínculos fuertes con ellas. Este aspecto está muy ligado al ámbito familiar en el que ella se crio y que se analizará más detenidamente en la sección correspondiente. En la escena inicial de *La plaza del Diamante*, donde conoce a Quimet y su vida cambia de manera significativa, la protagonista nos recuerda con angustia: «Mi madre muerta hacía años y sin poder aconsejarme y mi padre casado con otra» (p. 10). Incluso, cuando se entera de la muerte de su padre durante los años de guerra, admite:

Me costaba darme cuenta de que estaba muerto porque ya hacía tiempo que estaba medio muerto... Como si no fuese nada mío, ni nada que pudiera querer como mío, como si cuando se murió mi madre mi padre se hubiera muerto también. (Rodoreda, 2009, p. 163)

La muerte de la madre, de hecho, constituye un factor de vulnerabilidad por la falta de cuidado afectivo en la infancia (Kotliarenco *et al.*, 1997, p. 31), que influye sobre la manera en que Natalia se relaciona con sus parejas, Pere y Quimet, y sus hijos.

Respecto de sus hijos, «[p]ara Natalia la maternidad es simplemente una cuestión de género, una imposición más» (Fages, 2008, párr. 1 [relaciones de género: Natalia y Quimet]). Asimismo, se ve imposibilitada de criar porque «[t]enía un pecho pequeño y liso como siempre y el otro lleno de leche» (p. 68). Su hijo Antoni llora tanto que empieza a rumorearse que son unos malos padres. Vuelve a tener otro embarazo muy malo, «siempre malucha como un perro» (p. 85), y nace Rita. Los embarazos la llenan de aire, «de una cosa muy rara» (p. 65), «pero no la llena[n] como mujer ni como madre» (Fages, 2008, La maternidad de Natalia: dolor y enajenación, párr. 5). En una casa donde Natalia se somete a un aislamiento impuesto, y las palomas son percibidas como personas que todo lo invaden, la palabra «criaturas» adquiere una vaguedad en cuanto a su referencia:

Todo porque ya no podía más, con las criaturas encerradas, lavando los platos en aquella casa donde nadie servía para nada, solo para meterse cucharas llenas de comida en la boca, con un niño que les había salido escuchimizado con lo bien que debían de haber querido hacerlo... Y todavía, en la azotea, había palomas zureando. (Rodoreda, 2009, p. 137)

De hecho, cuando la idea de matar a sus hijos comienza a tomar forma tras la guerra, la protagonista tiene un sueño en el que los niños se convierten en los huevos de paloma que ella sacudió en medio de su revolución contra estas aves domesticadas, y las manos que descienden hacia ellos los sacuden con rabia, «como si toda la rabia de las palomas y de la guerra y de haber perdido se hubiese metido en aquellas manos que sacudían a mis hijos» (p. 182). Debe destacarse el alejamiento que se produce en referencia a las manos, son «aquellas» manos, no sus manos, en contraposición con el uso del posesivo «mis» que acompaña a sus hijos. Cuando Natalia es la señora Natalia en una casa que se va haciendo suya junto al tendero Antoni, donde sus hijos tienen sus propias habitaciones con ventanas y reciben educación formal, donde su aislamiento inicial es autoimpuesto, se vislumbra el fortalecimiento del vínculo entre la madre y sus hijos en la escena de la fiesta de casamiento de Rita, en la que recibe un beso de su hija y «tuv[o] un rato en la mejilla su aliento calentito» (p. 245) y baila con su hijo, el soldado, al que, simbólicamente, le aprieta el cuello y trata de ahogar, un gesto que comunica su intención, por un lado, de ahogar el pasado y la guerra, intención que se concretará en la plaza del Diamante, y por el otro, de empezar a recomponer aquello que estaba roto.

En cuanto al vínculo que establece con sus parejas, se puede extraer que no hay un intercambio propiamente dicho con ellos. Tanto con Pere, su primer novio, como con Quimet, su primer esposo, Natalia elige el silencio. Con el Pere, calla porque no sabe qué decir. En la escena en la que se cruza con él tras haberlo dejado, el Pere no la reconoce, y Natalia, sin atreverse a preguntarle si tenía novia o estaba casado, baja la cabeza «porque no sabía qué hacer ni qué decir, y pens[ó] que tenía que estrujar la tristeza, hacerla pequeña enseguida para que no [le] vuelva, para que no esté ni un minuto más corriendo[le] por las venas y rondando[le]» (p. 60). En cambio, con Quimet, Natalia tiene muchas cosas para decir, pero calla, y sometida al aislamiento dictatorial de su esposo, se llama al silencio, un silencio impuesto. De hecho, se queja por primera vez durante su primer embarazo, cuando es testigo de las transformaciones que sufre su cuerpo mientras tiende la ropa, o está sentada cosiendo, o yendo de acá para allá.

## COMUNICACIÓN

No hay duda, entonces, de que un requisito fundamental para que haya interacción es la comunicación, es decir, el intercambio de significados por medio de la palabra hablada o escrita y los gestos. Hay dos ejemplos en los que prevalece la figura retórica de la repetición, que muestran el paso del silencio resistente a la expresión clara y resiliente de los pensamientos y las necesidades de Natalia. Agobiada por la invasión de las palomas que la llevan a autoproclamarse «la chica de las palomas», Natalia, distraída, no contesta las preguntas que le hace la señora de la casa donde trabaja, porque lo que quiere decir no puede decirlo:

No podía decirle que solo oía a las palomas, que tenía en las manos el tufo a azufre de los bebederos, el olor de las arvejas que resbalaban dentro de los comederos. No podía decirle que si un huevo se caía del ponedero a medio incubar, el olor me hacía recular aunque me apretase la nariz con dos dedos. No podía decirle que solo oía gritos de pichones que pedían de comer con toda la furia de su cuerpo lleno de cañones amarillos clavados en la carne morada. No podía decirle que solo oía el zureo de las palomas porque las tenía metidas en casa y que si dejaba abierta la puerta de la habitación-palomar del piso, las palomas se me desparramaban por todas partes y salían por el balcón de la calle sin parar, [...]. No podía contarle que no me podía quejar a nadie, que mi mal era un mal para mi sola y que, si alguna vez me quejaba en casa, el Quimet decía que le dolía la pierna. (Rodoreda, 2009, p. 122)

Natalia sabe y no dice, lo cual implica transgresión, resistencia. Crea un espacio libre y propio en el que rige el silencio, su respuesta ante la opresión ejercida por Quimet. Pero esto cambia cuando se casa con Antoni: «A través de su relación con Antoni, Natalia aprende a verbalizar sus necesidades, sus deseos y sus emociones por medio de su paso de sujeto pasivo a agente activo» (Napierski, 2004, p. 43):

Dije que quería camas de metal para los niños y tuve camas de metal, como la que yo había tenido de soltera y había tenido que vender. Dije que quería cocina colgada y tuve cocina colgada. Dije que quería tapete sin mancha de tinta y tuve tapete sin mancha de tinta. Y un día le dije que yo, aunque fuese pobre, era delicada de sentimientos y que preferiría no llevar a la casa nueva ni una sola cosa de mi casa vieja: ni la ropa. (Rodoreda, 2009, p. 213)

Natalia sabe, quiere y dice. Y tras lanzar ese grito de infierno en la plaza donde todo comenzó, vuelve a la cama junto a su esposo, pega la cara a su espalda y reconoce lo siguiente: «le quería decir lo que pensaba, que pensaba más de lo que digo, y cosas que no se pueden decir y no le dije nada [...]» (p. 255). Es un recorrido sinuoso que comienza con la imposibilidad de decir sus males y expresar su angustia, que sigue con la firmeza de vociferar lo que desea, y concluye con la decisión de solo silenciar aquellos pensamientos que, de alguna manera, la hacen vulnerable y recurre al tacto: «Y le empecé a pasar la mano poco a poco por el vientre porque era mi pobrecito inválido y con la cara contra su espalda pensé que no quería que se me muriera nunca [...]» (p. 255).

## INICIATIVA

Este recorrido que la lleva a posicionarse y expresarse comienza con una actitud de iniciativa que Natalia desarrolla ante la inacción de su primer esposo. La iniciativa es la capacidad de «exigirse a uno mismo y ponerse a prueba en situaciones cada vez más exigentes» (Puig y Rubio, 2013, p. 105). En una época donde las ventanas, ese elemento peligroso de transgresión, «el punto de referencia de que [la mujer] dispone para soñar desde dentro el mundo que bulle fuera» (Martín Gaité, 1993, p. 51), estaban cerradas para las mujeres, la protagonista se atreve a cruzar con timidez esa barrera y toma la iniciativa desde las primeras páginas de la novela. Entiende que no puede dejar la casa paterna sin educación y enfrenta a Quimet ante su mandato de dejar de trabajar: «Me puse a temblar y le dije que no gritase, que no podía dejar la casa así, de cualquier manera, y sin educación, [...], y que si me hacía dejar de trabajar a ver qué...» (p. 21). Y aunque Natalia, ante las exigencias de Quimet, se exige menos y desatiende su autorrealización como mujer para atender la realización de su esposo, al igual que las palomas, «que tenían que volar, que no estaban hechas para vivir entre rejas, sino para vivir entre el azul» (p. 82), decide buscar trabajo porque «no podía estar con las manos caídas» (p. 93), y sus hijos estaban pasando hambre. Harta del palomar, símbolo del encierro y sometimiento que Quimet alentó, todo lo que su esposo le dice ahora le entra por un oído y le sale por el otro, e inicia su propia guerra contra estas aves. Luego, la guerra que divide al país la deja sin esposo y con dos bocas para llenar. Es Natalia la que vende todo y se guarda la vergüenza para solicitar un trabajo en la casa de sus antiguos señores, con el conocimiento de que la rechazarían. Por último, toma la iniciativa de ponerse a andar por su vida antigua para desprenderse de la carga de su pasado y adentrarse en su presente.

## CREATIVIDAD

En una situación de caos y desorden, Natalia tiene la capacidad de desarrollar su iniciativa, una cualidad personal que luego se verá intensificada por su creatividad. Hacia el final de la novela, cuando Natalia entierra muy hondo cualquier pluma de pájaro que se cruza en su camino, es capaz de «componer, construir y reconstruir, forjar» (Puig y Rubio, 2013, p. 106). En una primera etapa caracterizada por su tolerancia en silencio ante la amenaza constante hacia su identidad y su individualidad, la protagonista responde con destrucción en las situaciones difíciles. Siente «la brasa dentro del cerebro, encendida y roja» (p. 134) de retomar la posesión de su casa y echar a las palomas con el objetivo de empezar a componer su vida. Manda arvejas, bebederos, comederos, palomar y capazos de palomina, a paseo. Empieza a molestar a las palomas mientras empollan, las atormenta, y las aves abandonan sus huevos, que «se pudrían con el pollo dentro, todavía a medio hacer, todo sangre y yema y el corazón antes que nada» (p. 135). Y en los días de humo y de iglesias echando llamas, con Quimet peleando del lado de los republicanos en el frente de Aragón, Natalia se ve obligada a enviar a Antoni a una colonia<sup>[8]</sup>, que «era una cosa muy triste» (p. 174) para tener una boca menos que alimentar. Cuando el niño vuelve a casa, ya era otro, ni siquiera la mira al entrar: «Me había

hecho un cambio. Estaba hinchado, ventrudo, con los carrillos redondos, y con dos huesos por piernas, quemado del sol, con la cabeza pelada, llena de costras, y con un ganglio en el cuello» (p. 175). El trauma, asegura Cyrulnik (2014), «o bien no es creador —y entonces uno es prisionero de su pasado— o bien se asocia a la creatividad —y en este caso el trauma es un empuje a la creatividad» (p. 36). Cuando llega el ofrecimiento del almacenero —«soy libre y usted es libre y yo necesito compañía y sus hijos necesitan un buen apoyo...» (p. 209)—, Natalia logra, con la ayuda económica y asistencial de un hombre, reconstruir su familia. Y sus hijos —que «se habían acostumbrado a no hablar y los ojos se les habían vuelto tristes» (p. 212)— empiezan a estudiar cada uno en su habitación con ventana y establecen un vínculo con Antoni. En medio de los preparativos de la boda de Rita, la protagonista describe esta escena de convivencia familiar nunca vivida con Quimet:

A veces les encontraba a todos merendando y discutiendo ni ellos sabían de qué. Y cuando llegaba iba a descalzarme enseguida y me sentaba en el sofá y, mientras charlaban, aún veía las hojas, las vivas y las muertas, las que salían de la rama como un gemido y las que se caían sin decir nada y bajaban dando vueltas como una pluma fina de paloma si cae de muy alto. (Rodoreda, 2009, p. 241)

## INDEPENDENCIA

Los atributos personales descritos hasta ahora son componentes esenciales para que la protagonista desarrolle su independencia y ponga en valor su autoestima, el último destino de este recorrido de resiliencia. Natalia tiene la capacidad de fijar los propios límites y, en consecuencia, mantener una distancia física y emocional respecto de un problema. Sin embargo, esta capacidad se ve alterada, una y otra vez, tanto por la acción como por la inacción de un agente externo que la lleva a involucrarse física y emocionalmente en el medio problemático. En la primera escena que tiene lugar en la plaza del Diamante, es el recuerdo presente y traumático de su madre que ya no puede aconsejarla, por un lado, y la cinta de goma clavada en la cintura, por el otro, los que le impiden disfrutar de los fuegos artificiales, músicos y colores, es decir, la aíslan del ambiente de algarabía.

La ausencia de su madre, quien «no [le] había hablado nunca de los hombres» (p. 25), la desprovee de las herramientas que necesita para estar sola en el baile de la plaza y actuar frente a hombres como Quimet, quien le dice que dentro de un año sería su señora y su reina. Esta ausencia que le genera una angustia muy honda (que tiene consecuencias en su nulo conocimiento sobre los hombres, a lo que hay que agregar que solo sabe leer y escribir) y el malestar físico que le recuerda el sufrimiento de su cuerpo operan como un refuerzo para que Natalia se distancie física y emocionalmente de Quimet desde el momento en que lo conoce: «Y yo sola con aquellos ojos delante, que no me dejaban. Como si todo el mundo se hubiese convertido en aquellos ojos y no hubiese manera de escapar de ellos» (p. 12). Incluso, su propio cuerpo se verá limitado de movimiento: «Le dije que no me podía mover porque un joven que buscaba la americana y que estaba empeñado en bailar conmigo me había dicho que le esperase» (p. 11). Como resultado, su independencia (una independencia ya debilitada por las circunstancias del ámbito social en el que vive y que se analizará más adelante) se ve comprometida.

Durante los años de convivencia con Quimet, Natalia trata de no involucrarse en los problemas; de hecho, las decisiones y las conversaciones se llevan a cabo sin tenerla a ella en cuenta. Aunque, mediante su silencio y la convicción de que su mal es un mal para ella sola, intenta mantener una distancia física de los problemas en el hogar, es la violencia que Quimet ejerce sobre su cuerpo la que la devuelve una y otra vez a la realidad: las declaraciones, exigencias y requerimientos que hace Quimet van muchas veces acompañados de un pellizco en la molla del brazo, un golpe en la rodilla o en la mano, un codazo e incluso ha llegado a agarrarla del cuello

o zarandearle la cabeza. Asimismo, sus embarazos también son sucesos traumáticos que implican un gran sufrimiento físico para Natalia: cuando da a luz a su primer hijo, sufre mucho y señala no poder creer que «todo aquel sufrir se [le] saliese en gritos por la boca y en criatura por abajo» (p. 67); y durante el nacimiento de Rita, por poco se va, «porque la sangre [le] salía como un río y no [se] la podían cortar» (p. 86). Sus emociones, claro, también se ven afectadas, «[y] todo iba así, con pequeños quebraderos de cabeza [...]» (p. 80). Son su aptitud para la introspección y su poder de iniciativa los que le permiten ser cada vez más independiente y, así, «vivir en forma autónoma y tomar decisiones por sí mism[a]» (Puig y Rubio, 2013, p. 107). Natalia podrá lograr verdadera autonomía y «fijar los propios límites en relación con un medio problemático» (Puig y Rubio, 2013, p. 107) cuando, a partir de la muerte de Quimet, establece una distancia física obligada con él, y luego, mucho más tarde, al dejar grabado bien hondo el nombre que le impuso su primer esposo —Colometa<sup>9</sup>— en la puerta del piso que compartió con él; ahí se desprende y se distancia emocionalmente, una distancia que la impulsa a acercarse físicamente a Antoni, a vivir sus emociones y darle voz a todo lo que lleva dentro y que había ocultado tras el silencio.

## AUTOESTIMA

La base de los pilares de resiliencia es la autoestima, pero necesita que todos los pilares introducidos hasta ahora estén en pleno funcionamiento. Natalia forma autoestima, que favorece el sentido de su propia identidad, «constituyendo un marco de referencia desde el cual interpretar la realidad externa y la propia experiencia» (Puig y Rubio, 2013, p. 54). Grotberg (Munist y col., 1998, como se citó en Puig y Rubio, 2013, p. 55) señala que «las acciones resilientes contienen declaraciones, verbalizaciones, que se expresan diciendo “yo soy”, “yo tengo”, “yo puedo”, “yo estoy”». Estas atribuciones verbales son una fuente generadora de resiliencia. Natalia, quien deja de reconocerse en su nombre y solo responde a Colometa, recuperará su identidad cuando se case con el tendero Antoni, se convierta en la señora de la casa y se deshaga, junto con su pasado, del nombre Colometa. Expresa lo que quiere y lo tiene: «Teníamos de todo. Ropa, platos, cubiertos, y jabón de olor» (p. 215). Se da cuenta de que puede salir de su casa sin caerse como un saco por ese miedo a que Quimet esté vivo, que no la deja ni dormir ni comer:

Y al otro lado me volví y miré con los ojos y con el alma y me parecía que aquello no podía ser verdad. Había cruzado. Y me puse a andar por mi vida antigua hasta que llegué frente a la pared de casa, debajo del mirador... (Rodoreda, 2009, p. 251)

Natalia, por último, está contenta, como los pájaros con las plumas erizadas que se bañan en los charcos que la lluvia del día anterior había dejado, y presente cuando deja atrás esa pizca de cosas de nada —su juventud—, y ante la pregunta de si estaba bien tras emitir ese grito durante tantos años contenido, asegura: «[...] y dije que ya estaba bien, que todo había terminado [...]» (p. 253). Esto le permite conectarse con su entorno y comprender que ese grito de infierno que da en la plaza es un renacer que «libera todos los años de silencio y alienación» (Napiorski, 2004, p. 43), es una afirmación de la identidad que le habían usurpado y es la última pasada para terminar de esculpir la autoestima que empezó a forjar al recibir una segunda oportunidad en la vida.

## COHERENCIA

Finalmente, Natalia cierra el círculo, su vida adquiere coherencia: todos los pilares (sus atributos personales) se solidarizan unos con otros y se conectan para construir un sistema resiliente de competencias amortiguadoras que, ante la situación estresante o suceso potencialmente traumático, le permiten combatir la adversidad y superar los obstáculos. La coherencia, según Antonovski (como se citó en Puig y Rubio, 2013, p. 97), consta de tres componentes: comprensibilidad, manejabilidad y significabilidad. La protagonista de *La plaza del Diamante* dispone de los «recursos para enfrentarse a situaciones difíciles y controlarlas» (manejabilidad) (Puig y Rubio, 2013, p. 98). Esto la habilita, en la plaza testigo de su renacimiento, para terminar de comprender su pasado y «encontrar la lógica a sus experiencias, ya sean externas o internas» (comprensibilidad) (Puig y Rubio, 2013, p. 98). Por último, otorgarle significado al sufrimiento forma parte del accionar resiliente: «Darle un sentido a una experiencia, a priori negativa, puede transformarse en un elemento clave de la resiliencia. Es aceptar que la tragedia es parte inevitable de la vida» (Puig y Rubio, 2013, p. 185). Natalia le otorga sentido al calvario vivido, que, al término del camino, son desafíos que logra superar (significabilidad). Reconoce la realidad y la entiende; en un principio, se adapta; y luego, se revela para emprender el largo camino que la llevará a encontrar el propósito de su vida, ese para qué estaba en el mundo: deja el cuchillo con el que había grabado el nombre Colometa, se deshace de la piel que llevó hasta ahora —«[t]iré de las medias como si tirase de una piel muy larga» (p. 255)— y enrosca sus piernas con las de Antoni mientras le pasa la mano por el vientre y se detiene en el ombligo «para tapanlo, para que no se [le] vaciase todo él por allí» (p. 255), y, de esta manera, protege al hombre que la ayudó a convertirse en la señora Natalia y, en consecuencia, se protege y protege a su familia. Reasume su rol de esposa y fortalece su rol de madre, pero con una diferencia: lo hace contenta y con autonomía.

## ÁMBITO FAMILIAR

Hasta aquí se analizaron los atributos personales de Natalia que la ayudan a desplegar un accionar individual y resistente para hacer frente a las adversidades, recuperarse e, incluso, ser transformada por ellas. A continuación, se analizará la relación que la protagonista establece con sus vínculos afectivos y cómo estas interacciones, a partir de su mediación o a pesar de ella, la conducen a asumir un carácter resistente para convertir la situación potencialmente dañina en una oportunidad de crecimiento.

La resiliencia se exhibe «bajo la forma de un proceso de vida que se construye con otras personas del entorno y que siempre permanece variable» (Puig y Rubio, 2013 p. 86). No solo se desarrolla junto con las personas que nos rodean, sino que autores como Bowlby (1995) consideran que la génesis de la resiliencia está en las relaciones vinculares que establece el sujeto a partir de los mecanismos de apego (como se citó en Granados-Osfinas *et al.*, 2017, p. 53). Es decir, existe un vínculo causal entre el lazo que el niño o la niña establece con sus padres o cuidadores y su futura capacidad de reaccionar frente a esos eventos que lo/la desestabilizan. Asimismo, la reciprocidad afectiva y comunicativa que los niños entablan con sus tutores de desarrollo (Cyrulnik, 2014) —«una especie de constelación de afectos y apoyos que favorecen el desarrollo del niño» (Puig y Rubio, 2013, p. 117)— tiene consecuencias sobre su aptitud para desplegar emociones y, por lo tanto, forja los cimientos de su estructura de vinculación y afecta sus posibilidades futuras de entablar vínculos afectivos:

Existe abundante evidencia de que la clase de cuidado que el infante recibe y el tipo de [apegos] que establece con sus cuidadores primarios tienen un efecto decisivo sobre sus capacidades regulatorias, en particular, sobre sus emergentes habilidades para desplegar y modular emociones. La capacidad del niño para controlar emociones parece desarrollarse en gran medida sobre sistemas biológicos configurados por sus experiencias tempranas. (Kotliarenko *et al.*, 1999, p. 11)

En conclusión, la función que cumple la familia —por medio de competencias afectivas y normativas— como red de contención que brinda seguridad en el desarrollo es tal que se llega a afirmar que «no podemos llegar a ser nosotros sin la presencia del otro» (Puig y Rubio, 2013, p. 112).

Los vínculos, como puntos de apoyo, y las interacciones que se logran con ellos en pos de un fortalecimiento, son potentes mediadores para suscitar resiliencia. Y es el vínculo que el niño o la niña entabla con la madre el más fuerte de todos:

La madre tiene la prioridad en cuanto a las huellas biológicas, aunque trabaje fuera, se vaya por la mañana y vuelva por la noche, aunque sea el padre quien permanece en casa: el niño sigue estando más apegado a la madre y es esta quien le proporciona más seguridad. (Cyrulnik, 2014, p. 45)

A su vez, la madre, en especial su voz, olor, el brillo de sus ojos, compone el envoltorio sensorial cargado de historia (Cyrulnik, 2008, como se citó en Puig y Rubio, 2013, p. 116) que constituye la base segura sobre la que el niño o la niña enfrenta con seguridad el mundo que lo rodea. Esta es una de las grandes carencias de la joven Natalia: su madre, como nos recuerda en las primeras páginas, por medio del fluir de la conciencia, «muerta hacía años y sin poder aconsejarme y mi padre casado con otra» (p. 10). En la algarabía de la plaza, Natalia se siente sola y extraña a quien más la acompañó durante su crianza: «Mi padre casado con otra y yo sin madre, que solo había vivido para cuidarme. Y mi padre casado y yo jovencita y sola en la plaza del Diamante» (p. 10). Pone énfasis en el hecho de que, siendo jovencita, se halla sola en la plaza: Natalia es vulnerable.

Las determinaciones heterogéneas como la biología, la afectividad, la psicología, los relatos culturales que rodean al niño o al adulto herido pueden generar un proceso de resiliencia o no hacerlo (Cyrulnik, 2014, p. 33). Natalia está herida: las descripciones del ambiente festivo de la plaza se ven interrumpidas por el recuerdo doloroso de la muerte de la madre una y otra vez: «Mi madre en el cementerio de San Gervasio y yo en la plaza del Diamante...» (p. 12). Aunque es cierto que la muerte temprana de un progenitor, en especial, de la madre, constituye un factor de vulnerabilidad (Kotliarenco *et al.*, 1999) y, en el caso de la protagonista, repercute en su autoestima y su posición de debilidad frente a Quimet desde el inicio, porque su madre no había llegado a hablarle de los hombres, y también «conlleva una mayor tendencia a darse por vencido bajo presión» (Kotliarenco *et al.*, 1997, p. 31) al luego tomar la decisión de matar a sus hijos y matarse, Natalia, por los atributos personales ya analizados y la presencia de tutores de resiliencia que se comentarán más adelante, y a pesar de los factores políticos, sociales y culturales que afectan a la mujer de manera directa, resiste y desarrolla resiliencia.

El abandono, según Cyrulnik (2014), es uno de los límites de la resiliencia: «Si un herido no tiene sostén afectivo, social, verbal, cultural, si es abandonado, se quedará solo y no desencadenará un proceso de resiliencia» (p. 39). ¿Natalia se siente abandonada? Sí, repite la idea de estar sola en medio de la multitud: no solo su madre está muerta, su padre está casado con otra. De hecho, tras la muerte del padre, confesará que le costaba darse cuenta de que estaba muerto «porque ya hacía tiempo que estaba medio muerto...» (p. 163). Siente como si el padre no fuera nada de ella, «como si cuando se murió mi madre mi padre se hubiera muerto también» (p. 163). La casa de crianza de Natalia se caracterizó por ser un ambiente donde reinaba el silencio, y la muerte de la madre profundizó aún más ese vivir sin palabras. Sin embargo, Natalia vivió la experiencia de tener padres presentes temprano en la vida. Remarca que la madre vivió para cuidarla. Luego, tras recibir la noticia del fallecimiento de su padre, se encuentra de pie en medio de su comedor y recuerda:

[...] por un momento, solo por un momento [...], me vi pequeña con un lazo blanco en la cabeza, al lado de mi padre, que me daba la mano y andábamos por calles con jardines y siempre pasábamos por una calle de torres que tenía un jardín con un perro que, cuando pasábamos, se tiraba contra la verja y nos ladraba; por un momento me pareció que volvía a querer a mi padre o a parecerme que le había querido mucho tiempo. (Rododera, 2009, p. 163)

Y estas dos referencias a su infancia cambian absolutamente todo: tuvo una madre que vivió para ella y un padre que le daba la mano y la protegía del perro que le ladraba. A partir de un estudio que realizaron Werner y Smith (1992) en la Isla de Kaoui con niños que pertenecían a familias que habían pasado penurias, se comprobó que, en su vida adulta, muchos habían alcanzado un desarrollo sano y positivo. Ante este nuevo paradigma, se formularon nuevas preguntas para comprobar si era posible alcanzar el mismo resultado. La conclusión a la que llegaron fue que «todos los sujetos que resultaron resilientes tenían, por lo menos, una persona (familiar o no) que los había aceptado en forma incondicional» (Melillo, como se citó en Puig y Rubio, 2013, p. 31). Y Natalia contó con esta persona, con

...la presencia de una figura, aunque remota, estable y respondedora en la vida temprana del niño [que] puede construirse tanto en un factor protector como también promover un tipo de relación segura, contribuyendo así al fortalecimiento de la resiliencia en el niño. (Kotliarenco *et al.*, 1997, p. 37)

Por lo tanto, se puede señalar que hay una relación causal entre el vínculo que ella estableció con sus tutores de desarrollo y su accionar resiliente, y que la falta de reciprocidad comunicativa en una casa sin palabras condiciona, como ya se indicó, sus vínculos afectivos y sus silencios.

En el ámbito familiar de la protagonista, también es necesario mencionar el vínculo que ella establece con Quimet, su primer esposo. No es gracias a él que Natalia desarrolla resiliencia, sino a pesar de él y a partir de él. Lo hace a pesar de la violencia sufrida por comisión u omisión de Quimet y a partir de esta violencia de la que ella fue consciente años más tarde y provocó su silencio resistente —un silencio con el que ella se había criado—, que se romperá con el grito final que vocifera el verdadero infierno vivido.

Desde un primer momento, Quimet le hace entender de manera implícita, por medio de esos ojos de los que Natalia no puede escapar, y de manera tácita, con un presagio que sellará su destino —«y me dijo que le compadecía mucho porque dentro de un año yo sería su señora y su reina» (p. 12)—, que, como mujer, no tiene otra opción que casarse con él. Igualmente, vale aclarar que, como le recuerda la señora Enriqueta, ella necesita un marido y un techo. Esta falta de opciones para la mujer «sin fortuna y sin medios de ganarse la vida conforme a sus necesidades», quien «ha de considerar fatalmente el matrimonio como una salvación, como un refugio contra la implacable lucha por el sustento» (Nelken, 2012, p. 43), se suma a la falta de aire que Natalia experimenta por la opresión no solo física de la vestimenta adecuada para una mujer. Pero, en esa misma escena, Quimet comete el acto de violencia psicológica más grave de la novela: dará el primer paso para transformar a Natalia en una mujer a su gusto y conveniencia. Cuando le dice cómo se llama, Quimet, «*renaming her and branding her as his own*» [al cambiarle el nombre y marcarla como propia] (Everly, 2012, p. 70), se adjudica la autoridad de volverla a nombrar: «y le dije que me llamaba Natalia y cuando le dije que me llamaba Natalia volvió a reírse y dijo que yo solo podía tener un nombre: Colometa» (p. 13). La despoja bruscamente de uno de los derechos inalienables del ser humano: le anula su identidad. Al robarle aquello que la caracteriza y la diferencia de los demás, Quimet la amalgama a sus necesidades para que su naturaleza esté en concordancia con la esencia de la mujer dominada, atributo esencial de la esposa española de esos años.

El período de noviazgo se caracteriza por una progresiva sumisión de Natalia. Quimet la obliga a dejar a su enamorado, el Pere, y ella accede; Quimet llega tarde a sus encuentros, y Natalia se convence de que ella fue quien se equivocó de horario; Quimet le exige a los gritos que renuncie a su trabajo en la pastelería, y ella, temblando, acepta, porque es bien sabido que las mujeres solo tienen empleos transitorios hasta que «un marido, el que sea y como sea, se ofrezca a mantenerla, bien o mal no importa» (Nelken, 2012, p. 67). El proceso de moldeado continúa con las expectativas que él tiene de ella como su futura esposa: en especial, su vestimenta y su responsabilidad en el hogar. Por un lado, le señala la ropa que ella deberá usar cuando estén casados: «Me hizo pararme delante de un escaparate lleno de ropa de confección, ¿ves?, cuando estemos casados te haré comprar delantales como esos» (p. 22). En esta cita, solo es necesario resaltar la perífrasis verbal «haré comprar» para expresar el sentido de obligación y de imposición que tiene este enunciado. Por el otro, uno de los amigos de su futuro esposo, el Mateu, le recuerda dónde esta reina ejercerá su mandato, claro, un mandato sujeto a las proclamaciones del rey absoluto: «el Mateu me dijo que me harían una cocina que parecería la cocina de una reina» (p. 29).

A estos ejemplos de violencia psicológica se suma la violencia física que Quimet ejerce sobre Natalia. Aseveraciones como que para ser su mujer «tenía que empezar a parecer[le] bien todo lo que a él le parecía bien» (p. 17) van acompañadas de un golpe en la rodilla que le hace «levantar la pierna de sorpresa» (p. 17) o un pellizco en la molla del brazo que ella debe frotarse porque le «había hecho daño de verdad» (p. 24). Y una de las pocas reacciones que Natalia tiene al comienzo —su reticencia a renunciar al trabajo en la pastelería— se ven socavadas por un acto abierto de violencia: «Me enfadé tanto que la cara me ardía. Me cogió por el cuello con una mano y me zarandó la cabeza» (p. 21). Mientras tanto, el estado anímico de Natalia está en sintonía con el cielo que se va nublando hasta que se vuelve solo negro: «y me iba apagando del mismo modo que se iba apagando la claridad» (p. 18).

Finalmente, Natalia está lista para casarse: se ha convertido en la esposa sumisa que Quimet quería. Pero no solo la sumisión la caracteriza, sino también la ignorancia. Nelken (2012) afirma lo siguiente a partir de la novela:

...nuestras muchachas, acostumbradas a considerar los actos más naturales de la vida como algo vergonzoso, llegan al matrimonio y a la maternidad en un estado de sabiduría mal aprendida en novelas leídas a escondidas, en conversaciones con amigas pervertidas, etc. (Rododera, 2009, p. 110)

Así llega Natalia a su noche de bodas, una noche que fueron varias noches y que la avergüenzan. Sentada en un rincón, sin moverse por el miedo que la paraliza, observa a Quimet mientras se desnuda, esperando su turno, esperando a ser partida.

La vida de casada se limita a la rutina de hacer un hijo. Incluso este acto está cargado de violencia: mientras comen, él le avisa, un verbo que implica advertencia, «hoy haremos un niño». Y ella, recordando esos instantes, sentencia: «Y me hacía ver las estrellas» (p. 52). A estos recordatorios donde buscar un hijo se convierte en una rutina amenazante y violenta les siguen los castigos en tono de broma que la humillan y la acobardan cada vez más: al meterla debajo de la cama y golpearla en la cabeza cuando ella trata de salir, Quimet le hace saber que atreverse a asomar la cabeza en esta relación implica un castigo físico. Posteriormente, ella está en estado o, como dice Quimet, está llenita, como si fuera un contenedor hueco que él se dispuso a llenar. Y de la misma manera que él escogió el nombre de la anteriormente llamada Natalia, él será el encargado absoluto de elegir el nombre de sus hijos. Natalia se limita a desempeñar el rol de las muñecas de porcelana que a ella tanto le gustan: «Siempre allí, tan bonitas dentro del escaparate, esperando que las comprasen y se las llevarasen» (p. 72).

Las humillaciones y el sometimiento siguen. Quimet inicia un nuevo emprendimiento y decide usar el animal que evocó para anular la identidad de Natalia para invadir el espacio reducido donde ella se desenvuelve. Contento con su cría de palomas, Quimet, jocoso, declara: «A la Colometa la estamos echando de la casa» (p. 75). Es el comentario del amigo de Quimet al ver estas aves encerradas el que nos permite dilucidar cómo se siente Natalia en el rol que la obligaron a desempeñar: «las palomas tenían que volar, que no estaban hechas para vivir entre rejas, sino para vivir entre el azul» (p. 82). Y al igual que estas aves que, desconfiadas, salen con mucho miedo cuando les abren la puerta, Natalia, ante la necesidad económica, decide plantearle a su esposo la posibilidad de buscar trabajo, una decisión que él no socava, pero tampoco respalda al recordarle que, si trabaja, es cosa de ella. Termina ayudando en otra casa, una de las pocas opciones laborales para la mujer, mientras trata de mantener a flote su propia casa, donde su esposo sigue criando palomas, palomas que no vende, sino que regala, y se queja de su persistente dolor de pierna. En conclusión, Natalia no puede desahogarse con nadie; su mal, señala, es «un mal para mí sola» (p. 122). Sin embargo, la protagonista transforma el silencio resistente —esas palabras que lleva dentro y que no se atreve a decir porque le dan miedo y porque sus pocas disidencias en voz alta fueron socavadas— en acción; se revela, una revolución que también hace en silencio y de manera que no llame la atención de nadie, y decide combatir a las palomas, cuyos ruidos invaden sus sueños y la hacen despertar a medianoche.

En estos años de convivencia con Quimet, aparecen dos tutores de resiliencia en la vida de Natalia: la señora Enriqueta y Mateu. El concepto «tutor de resiliencia» fue acuñado por Cyrulnik para definir «a una persona que nos acompaña de manera incondicional, convirtiéndose en un sostén, administrando confianza e independencia por igual, a lo largo del proceso de resiliencia» (Puig y Rubio, 2013, p. 119).

Respecto de la señora Enriqueta, Natalia señala que siempre le daba buenos consejos. Aunque es cierto que es ella la que le dice que necesita un marido y un techo y le aconseja casarse con Quimet en vez del Pere, porque tiene un establecimiento, es más despabilado y sabe ganarse mejor la vida, también es verdad que la señora Enriqueta es una mujer muy presente en la vida de Natalia, su profesora, a quien le cuenta el día tras día de su vida de casada en busca de una guía, pero no es completamente honesta con ella: por ejemplo, no le puede hablar sobre su noche de bodas, porque «el día que nos casamos, cuando llegamos al piso, el Quimet me hizo ir a buscar provisiones, echó la barra de la puerta e hizo durar la noche de bodas una semana» (p. 54). Es su vergüenza la que le impide confesarle esto a pesar de su curiosidad insistente. Asimismo, es la señora Enriqueta la que la ayuda a darse cuenta de que los dolores de Quimet no son reales —«¿Y tú todavía te lo crees? Si tiene una rosa en cada carrillo y los ojos como el diamante» (p. 71)— y que la cría y aparente negocio de las palomas no es más que un capricho de su esposo sin fin alguno: «hasta que un día la señora Enriqueta me dijo que de cada tres parejas de palomas el Quimet regalaba dos, solo por el gusto de regalar... y tú, trabajando como una tonta...» (p. 119). Es también la que cuida a los niños cuando Natalia decide salir a trabajar, quien le consigue trabajo en el Ayuntamiento y en la portería cuando estalla la guerra y Quimet está en el frente de batalla, y es quien está ahí para explicarle las cosas que no termina de entender porque nadie se las explicó o simplemente porque no las vivenció: Natalia recibe la propuesta de matrimonio de Antoni, quien le hace saber que él se ve imposibilitado de fundar una familia, información que ella cree entender, pero cuya corroboración busca en la señora Enriqueta, quien le confirma lo siguiente:

...le han debido mutilar en la guerra, es lo que tú piensas y por eso se quiere casar contigo, porque contigo ya se encuentra con una familia hecha y muchos hombres sin familia son como una botella vacía navegando por el mar. (Rodoreda, 2009, p. 211)

En cuanto a Mateu, uno de los amigos de su esposo, este se diferencia de Quimet y de Cintet, porque demuestra empatía y entendimiento hacia el padecer de Natalia. Ante la llegada de esa primera paloma herida que su amigo quiere encerrar en una jaula (metáfora del piso en el que encerró a Natalia), Mateu «dijo que sería mejor que la matásemos, que más le valía morir que vivir atada y presa» (p. 73). Comprende que hubiera sido mejor no abrir la trampilla que dio acceso a las palomas y echó a Natalia de su propia casa. Es el primer hombre que, aunque «tiene que saber arreglárselas solo» (p. 131), muestra debilidad y pesar por una mujer, el primer hombre al que ve llorar. Es el dolor de un hombre que acude a ella y la trata como a una persona igual a él quien le hace sentir un bienestar nunca antes experimentado y le abre las puertas al entendimiento de cosas que habían permanecido oscuras hasta ese momento:

Por la noche, en lugar de pensar en las palomas y en mi cansancio, que a veces no me dejaba dormir, pensaba en los ojos de Mateu, con aquel color de mar. El color que tenía el mar cuando hacía sol y salía con Quimet a correr en la moto, y sin darme cuenta, pensaba en cosas que me parecía que entendía y que no acababa de entender..., o aprendía cosas que empezaba a saber entonces... (Rodoreda, 2009, p. 132)

Es también el primer hombre que la hace sentirse especial y valorada: antes de partir hacia el frente de batalla, le dice que es la única persona que tiene en el mundo y que Quimet «no sabía la suerte que tenía de tener una mujer como [ella]» (p. 148). Finalmente, es Mateu fusilado en la plaza lo que le causa una pena tan grande, «como si se [le] acabase de morir el alma dentro del corazón» (p. 177), y es la compañía de la mano del Mateu sobre cuyo hombro se posa una paloma corbata de satén —la paloma que él descubrió, pero sobre la que nunca le contó a Quimet— la que rompe la última barrera que contenía el grito de infierno.

La posibilidad de generar resiliencia «lleva implícit[a] la creación de nuevos espacios de interacción, donde el individuo ha de reconstruirse» (Puig y Rubio, 2013, p. 186). Asimismo, la resiliencia es un proceso que implica «una nueva trayectoria existencial (rehacerse)» (Puig y Rubio, 2013, p. 189), debido a que, como señala Cyrulnik (2009), «no es que el tiempo cure las heridas, sino que el herido reorganiza su vida» (como se citó en Puig y Rubio, 2013, p. 189). Natalia se reconstruye y reorganiza su vida por medio de la intervención de un tercer tutor de resiliencia, Antoni, su segundo esposo.

La guerra llega a su fin y el vencedor envuelve a España en una dictadura. El tendero Antoni la socorre en su momento más acuciante (cuando ya había tomado la decisión de acabar con la vida de sus hijos y la suya) y primero le ofrece trabajo y luego matrimonio. La protagonista acepta. Como le asegura la señora Enriqueta, Antoni carece de eso con el que Quimet le produjo miedo y dolor físico, ya que «por culpa de la guerra [es] inútil» (p. 209). Antoni se convierte en la base de seguridad de Natalia: es el sostén económico de su familia, la acompaña en la crianza de sus hijos y le da el espacio que ella necesita para rehacerse. El trauma con el que ella carga es una imagen que la hiere y le da miedo. El tendero es la «base capaz de aportar seguridad», que confía en ella y la alienta a confiar en él, lo que le permite elaborar esta imagen y «aprende[r] a ver de otro modo la herida que recib[ió]» (Cyrulnik, 2014, p. 35). La Natalia que se casa con Antoni es objeto pasivo de su historia: es una paloma herida que vivió encerrada y sometida a los designios de un hombre. De Quimet queda un recuerdo físico, su reloj, pero también un terrible miedo que la acompañará largo tiempo y hará que su primer esposo, aunque físicamente ausente, esté presente de manera constante en su vida. Atraviesa un periodo de crisis durante el cual no puede salir de su casa, pero luego, sin presiones ni expectativas, empieza a salir de a poco y a hacer algo con su herida. Natalia se convierte en sujeto de su propia historia y desencadena un proceso de resiliencia.

## ESCENARIO SOCIAL

Por último, se analizará el ámbito social en el que Natalia debe resistir para desarrollar resiliencia. Cyrulnik (2014) afirma que la condición humana solo evoluciona mediante crisis: «Desde que los seres humanos están en la tierra, biológicamente y psicológicamente se evoluciona a través de crisis» (p. 49). La crisis es la que impulsa al sujeto a un proceso de transformación. «Si no hay crisis», concluye, «hay cronicidad» (p. 49). Es decir, durante periodos que se extienden en el tiempo y que, por sus características, no obligan al sujeto a cambiar o crecer, no se genera el ambiente propicio para que la persona despliegue su capacidad resiliente.

La capacidad de resiliencia de la protagonista de *La plaza del Diamante* está sujeta al entramado socio-afectivo en el que se encuentra inmediatamente inserta. Y la sociedad en la que ella vive atraviesa tres etapas: la primera, antes de la instauración de la República, se caracteriza por ser hostil hacia las mujeres; la segunda, durante los años de la República, le otorga más derechos a la mujer; por último, la Guerra Civil y la postguerra española, años en los que, por un lado, predomina una sociedad totalmente fragmentada y en crisis, y, por el otro, la mujer, quien pierde los pocos derechos que había adquirido, retoma el rol sumiso de madre y esposa.

Margarita Nelken<sup>[10]</sup> publica *La condición social de la mujer en 1919* (2012). En este libro realiza una cruda presentación de la realidad de la mujer española y pone énfasis en la necesidad de que se reconozca la personalidad jurídica de la mujer, porque, sin este reconocimiento, no puede haber independencia económica en un pueblo «donde la mitad de la población no tiene derecho ni sobre sus bienes, ni sobre el fruto de su trabajo, ni sobre su cuerpo» (p. 152). Es decir, recién a partir de la igualdad legal de la mujer —cuya situación jurídica equivale a la de un menor— se puede empezar a hablar de su libertad económica y política. Es una mujer que no tiene los medios para ganarse la vida, que depende por completo del trabajo de un deudo masculino y que, por ende, considera que el matrimonio es su única posibilidad de salvación. Es una mujer que es ignorante de su naturaleza y de las obligaciones de su sexo y que «entra en la misión conyugal desprovista de los elementos esenciales» (p. 108). En conclusión, la mujer española —«el mayor peso muerto de la nación» (p. 48)— lleva una vida de sumisión y pasividad reducida al círculo de los quehaceres domésticos y sometida al hombre por necesidad material.

Frente a esta situación, ¿qué otro camino puede elegir la mujer que no sea el de la resistencia? Antes de conocer a Quimet, Natalia trabaja para un pastelero, una labor que puede considerarse una extensión de las tareas de la mujer dentro del hogar. Cuando Quimet la obliga a renunciar, es consciente de que no puede dejar la casa paterna «de cualquier manera, y sin educación» (Rododera, 2009, p. 21). Se resiste a hacerlo (su único acto de resistencia en voz alta), y la consecuencia es una reacción violenta en la que Quimet la agarra por el cuello con una mano y le zarandea la cabeza. Decide casarse con él, porque, como le recuerda la señora Enriqueta, necesita un marido y un techo. A partir de ahora, Natalia se abocará a la tarea designada de mujer y madre, y vivirá para un hombre «que sabe muy bien que, pase lo que pase, su mujer habrá de aguantar todas las humillaciones y afrentas, ya que apartándose de su esposo no podría ni comer» (Nelken, 2012, p. 44). A partir de ahora, Natalia, inserta en una sociedad que «ante la ley española se encuentra hoy día lo mismo que sus antepasados medievales» (Nelken, 2012, p. 152), tolera, aguanta y sufre en silencio. En realidad, en este tipo de sociedad, donde «los hombres han construido su identidad como única identidad posible, una identidad que oculta la diferencia femenina y, con ella, la libertad configurada desde sí y no a medida de otro» (Rivera-Garretas, 2003, p. 193), Natalia está condenada al silencio.

Y todo seguía así, «con pequeños quebraderos de cabeza, hasta que vino la República» (Rodoreda, 2009, p. 80). Natalia todavía lo recuerda, «aquel aire fresco, un aire [...] que no lo h[a] podido sentir nunca más» (p. 80). Los años de la Segunda República en España (1931-1939) se caracterizan por la introducción de libertades novedosas para la mujer. Con el epicentro en la Constitución de 1931, hay una incorporación de la mujer en la vida pública y, por primera vez, se eligen diputadas (entre ellas, Clara Campoamor, Victoria Kent y Margarita Nelken), se establece el sufragio de la mujer en el artículo 36<sup>[11]</sup>, se aprueban la primera ley de divorcio en 1932<sup>[12]</sup> y la despenalización del aborto (aunque tuvo mínima aplicación), y se impulsa la alfabetización de la sociedad en su conjunto. Aunque Natalia respira este aire fresco de cambio, no es un cambio que ella experimente en su vida. Al igual que las palomas —«que tenían que volar, que no estaban hechas para vivir entre rejas, sino para vivir entre el azul» (p. 82)—, Natalia decide buscar trabajo. Su ausencia, como ya se comentó, tiene consecuencias negativas en la casa: las palomas se convierten en las amas del piso cuando ella está fuera, y sus hijos son como flores mal cuidadas. A diferencia de las palomas —que, tras ser puestas en libertad, «cansadas de volar, fueron bajando ahora una y luego otra, y se metieron en el palomar como viejas en visa» (p. 83), Natalia, quien no puede quejarse con nadie, cuyo mal es un mal para ella sola, decide, cansada de oír los zureos de las palomas y de oler a ellas, armar la gran revolución (punto cúlmine de su resistencia en silencio) contra las aves. Mientras ella arma esta revolución, «vino lo que vino, que parecía una cosa que tenía que ser muy breve» (p. 139): vino la Guerra Civil.

La resiliencia tiene dos componentes: por un lado, la resistencia que el sujeto opone frente a un evento destructivo, es decir, «la capacidad de proteger la propia integridad bajo presión» (Kotliarenco *et al.*, 1997, p. 6); por el otro, a pesar de las circunstancias difíciles, «la capacidad para construir un conductismo vital positivo» (Kotliarenco *et al.*, 1997, p. 6). Con Quimet en el frente de Aragón y la falta de trabajo por ser la esposa de un republicano, el hogar de Natalia se convierte en uno de los tantos hogares españoles «donde la mujer había tenido que hacer acopio de entereza y valentía para sacar adelante [a] los hijos» (Martín Gaité, 1994, p. 107). Ante este contexto bélico, la protagonista intenta no caer en los pozos que la rodean y proteger el bienestar de sus hijos y su propia integridad. Las palomas empiezan a marcharse, llega la noticia de que Quimet había muerto y, con él, la última paloma —«*the visible symbol of Natalia's oppression*» [el símbolo visible de la opresión de Natalia] (Glenn, 1986, p. 63)—, y la protagonista se hace de corcho para seguir resistiendo, porque la mujer no solo debe tener «la capacidad para gobernar el desorden exterior sino también el interior» (Martín Gaité, 1994, p. 107). Natalia fracasa en ambos frentes: deja de resistir y acude al tendero para comprar el agua fuerte que la matará a ella y a sus hijos.

Los republicanos pierden la guerra: «Habían vencido los buenos. Había quedado redimido el país» (Martín Gaité, 1994, p. 13). Las calles que Natalia transita son prueba de la devastación causada: «Los tranvías corrían sin cristales, con rejilla de mosquitos. La gente iba mal vestida. Todo estaba todavía como cansado por una gran enfermedad» (Rodoreda, 2009, p. 185). En medio de esta crisis, esta paloma herida que dejó de resistir —porque «el grado de resistencia no es estable, sino que varía a lo largo del tiempo y con acuerdo a las circunstancias» (Kotliarenco *et al.*, 1997, p. 7)— se cruza con el último tutor de resiliencia, el tendero Antoni. Con el impulso de la Sección Femenina de la Falange liderada por Pilar Primo de Rivera, se produce el abandono de ese breve atisbo de igualdad y la vuelta a un rol femenino sumiso, centrado en el hogar (Sanz-Baciller, 2002). Las mujeres que se alejaron de la casa vuelven a ella para retomar el rol que abandonaron durante la guerra. Las mujeres republicanas son pública y brutalmente castigadas; las mujeres viudas o solteras vuelven a contar con las tres únicas opciones que siempre tuvieron: la prostitución, el matrimonio o el convento. Natalia elige la segunda: «La mujer» explica María Teresa Segura, abogada madrileña durante esos años, «no tiene más misión que el matrimonio» (como se citó en Martín Gaité, 1994, p. 49). Es a partir de la intervención de Antoni que Natalia empieza a «resilir». Con su sostén

emocional y económico, la protagonista lentamente comienza a desprenderse de las plumas de Colometa y a afianzar sus atributos personales. Sin la amenaza de aquella arma con la que Quimet le produjo miedo y dolor físico, porque debido a una herida de guerra, «*he experiences castration, he is a non-man, the contrary to a man*» [experimenta una castración; es un no-hombre, la antítesis de lo masculino] (Carbonell, como se citó en Napiorski, 2004, p. 43), Natalia crece a pesar de la adversidad, y recupera y rearticula su identidad. «*Because he is without the phallus and the logos, he embodies the potential of communication and love*» [Al estar privado del falo y del logos, encarna la posibilidad de la comunicación y del amor] (Carbonell, como se citó en Napiorski, 2004, p. 43), la protagonista (el hecho de pertenecer al género femenino es considerado una variable protectora) desarrolla un vínculo afectivo con Antoni, fortalece la relación con sus hijos y encuentra su lugar en la comunidad, protectores que generan las condiciones favorables para promover diálogos y reflexiones, y estimular su capacidad resiliente y la construcción de un conductismo vital positivo.

## CONCLUSIÓN

No se puede olvidar la herida ni la experiencia: «Es imposible biológicamente, psicológicamente y culturalmente» (Cyrulnik, 2014, p. 34). Lo que sí se puede hacer es darle sentido a esa herida para iniciar un proceso de reconstrucción dinámico y evolutivo. Natalia, víctima de violencia en un contexto heterogéneo e impredecible de crisis, enhebra los hilos de su capacidad personal y de su accionar individual resistente con los de sus interacciones familiares y socio-culturales, y crea un tejido personal fuerte que le proporciona el soporte para recuperarse y crecer. Ante la adversidad y la violencia, resiste pasivamente en silencio mientras empieza a activar recursos personales y entabla un diálogo con las personas que se convertirán en las fuentes de su accionar resiliente. El tiempo no cura las heridas, la vida no regresa: Natalia debe ir a buscarla, y para eso, debe aprender a caminar de nuevo. Se pone a andar por su vida antigua hasta llegar al frente de la casa donde le causaron muchas de esas heridas. En la puerta, escribe «Colometa» —el nombre de su dolor y de la opresión y frustración que vivió durante años— y luego se mete en la plaza del Diamante —el lugar donde la herida que le había causado la muerte de su madre empezó a profundizarse aún más al conocer a Quimet—, y da un grito de infierno, «un grito que debía de hacer muchos años que llevaba dentro» (p. 252), un grito que libera todos los años de silencio y marca su empoderamiento como agente activo que ha logrado convertir la experiencia traumática en un área de oportunidad y reconstruirse a partir de ella.

## REFERENCIAS

- Aguirre, F. (1978). Mujer, guerra y neurosis en dos relatos de M. Rodoreda. *Cuadernos Hispanoamericanos*, (339), 503-512.
- Biblioteca Nacional de España. (s. f.). *Margarita Nelken: un caso de censura catalográfica*. <https://www.bne.es/es/blog/blog-bne/margarita-nelken-caso-censura-catalografica>
- Instituto Cervantes. (22 de septiembre de 2021). Mercedes Formica. *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*. <https://cultura.cervantes.es/espanya/es/mercedes-formica/145503>
- Capmany, M. A. (1975). Un libro polémico sin polémica. Prólogo a la primera edición. En M. Nelken, *La condición social de la mujer* (pp. 7-24). Horas y horas.
- Cyrułnik, B. (2014). La resiliencia en el siglo XXI. En J. M. Madariaga (Coord.), *Nuevas miradas sobre la resiliencia*, 31-51.
- De La Fabián Albagli, R. y Sepúlveda Galeas, M. (2018). Gubernamentalidad neoliberal postsecuritaria y resiliencia: una nueva metafísica de la identidad. *Athenea Digital*, 18(3), 1-26. <https://doi.org/10.5565/rev/athenea.2114>
- Everly, K. (2012). Masculinity, war, and marriage in «La plaça del Diamant» by Mercè Rodoreda. *Anales de la literatura española contemporánea*, 37(1), 63-84.
- Fages, G. (2008). Soledad y maternidad en La Plaza del Diamante. *Espéculo*, (39).
- Fórmica, M. (1983). *Visto y vivido: 1931-1937. Pequeña historia de ayer*. Editorial Planeta.
- Fraille-Marcos, A. M. (2020). Introduction: Glocal Narratives of Resilience and Healing (pp. 21-38). En A. M. Fraille-Marcos (ed.), *Glocal Narratives of Resilience*. Routledge.
- Glenn, K. M. (1986). «La Plaza del Diamante»: The Other Side of the Story. *Letras Femeninas*, 12(1/2), 60-68.
- Granados-Osfinas, L. F. et al. (2017). El camino de la resiliencia: del sujeto individual al sujeto político. *Magis. Revista Internacional de Investigación en Educación*, 10(20), 49-68.
- Kotliarenco, M. A. et al. (1997). *Estado de Arte en Resiliencia*. OPS/OMS.
- Kotliarenco, M. A. et al. (1999). *El ser humano desde una perspectiva integral: El concepto de resiliencia a la luz de nuevas revisiones a la literatura*. Centro de Estudios y Atención del Niño y la Mujer (Ceanim).
- Mangini, S. (1995). *Memories of Resistance. Women's Voices from the Spanish Civil War*. Yale University Press.
- Martín Gaité, C. (1993). *Desde la ventana*. Espasa Calpe.
- Martín Gaité, C. (1994). *Usos amorosos de la postguerra española*. Anagrama.
- Meza Jara, L. (2019). De la resiliencia como dispositivo político e ideológico. [https://www.academia.edu/24501204/De\\_la\\_resiliencia\\_como\\_dispositivo\\_pol%C3%ADtico\\_e\\_ideol%C3%B3gico](https://www.academia.edu/24501204/De_la_resiliencia_como_dispositivo_pol%C3%ADtico_e_ideol%C3%B3gico)
- Napiorski, P. (2004). Estrategias de resistencia. Hacia una propuesta andrógena en «La plaza del Diamante» de Mercè Rodoreda. *Letras Femeninas*, 30(2), 29-46.
- Nelken, M. (2012). *La condición social de la mujer*. Horas y horas.
- Preston, P. (2002). *Doves of war: Four Women of Spain*. HarperCollins E-Books.

- Puig, G. y Rubio, J. L. (2013). *Manual de resiliencia aplicada*. Editorial Gedisa.
- Rivera-Garretas, M. M. (2003). *Nombrar el mundo en femenino*. Icaria.
- Rodoreda, M. (1986). *Espejo roto*. Biblioteca de bolsillo.
- Rodoreda, M. (2009). *La plaza del Diamante*. Edhasa.
- Salomone, A. y Gallardo, M. (2017). Memoria transgeneracional, resistencia y resiliencia en producciones artístico-literarias de autoras chilenas contemporáneas. *Helix*, (10), 193-213.
- Werner, E. E. y Smith, R. S. (1992). *Overcoming the Odds: High Risk Children from Birth to Adulthood*. Cornell University Press.

## NOTAS

- [1] Traductora científico-literaria en Inglés y traductora pública en Inglés por la Universidad del Salvador, Argentina. Magíster en Literatura Española y Latinoamericana por Loyola University Chicago, Estados Unidos. Correo electrónico: meugenia.cairo@usal.edu.ar
- [2] Se publica en 1962, «año en que el “realismo social” de la década de los cincuenta conserva cierta vigencia. [...] A partir de 1962, la ilusión de un cambio de las estructuras sociopolíticas españolas desaparece y los escritores adscritos a esta tendencia aceptan amargamente la inutilidad de la denuncia literaria frente a una sociedad anestesiada a todo cambio ideológico. [...] En *La plaza del Diamante*, la significación fundamental emana de la persona que habla, del discurso interior de la protagonista, pero en íntima relación con el neurótico contexto español de guerra y posguerra [...]» (Aguirre, 1978, p. 503).
- [3] Escritora española en lengua catalana. Nace en Barcelona en 1909. Desarrolla su obra «dentro de esa narrativa catalana que a partir de la posguerra civil tropieza con obstáculos típicos de una lengua y literatura que son instrumentos de afirmación político-social». Debe exiliarse y reside en Suiza desde 1954. «Podría incluirse generacionalmente en el grupo de escritores del primer exilio, que, como Francisco Ayala, Max Aub, Sender, etc., salen al extranjero con una obra escrita y hacen del trauma de la guerra civil el motivo dominante de su producción» (Aguirre, 1978, p. 503).
- [4] Nació en Cádiz en 1916. Abogada y escritora. «En Madrid se afilió a la Falange de José Antonio, hecho que repercutiría en el olvido de su legado y su obra, a pesar de su labor incontestable en la defensa de los derechos de la mujer. Mercedes Fórmica siempre estuvo convencida de la necesidad de reformar la situación legal referida a las mujeres. La Reformica deriva del artículo publicado el 7 de noviembre de 1953 titulado El domicilio conyugal, en el que denunciaba la discriminación por razón de sexo existente en la legislación española» (Instituto Cervantes, 2021, párr. 2).
- [5] Todas las citas de la novela utilizan la presente edición: Rodoreda, 2009.
- [6] Amigo de Quimet. En el presente trabajo se lo identifica como un tutor de resiliencia de Natalia.
- [7] Denominación peyorativa a los miembros del bando republicano, integrado por los partidos republicanos, los de izquierda, los más cercanos al comunismo y los nacionalistas.
- [8] Hace referencia a las colonias infantiles que se establecieron durante la guerra civil española para proteger a los niños y niñas que se encontraban en peligro.
- [9] En catalán significa «palomita».
- [10] Nació el 5 de julio de 1898. Hoy se la conoce por su decidida acción política durante la República y la Guerra Civil. También se destacó como crítica de arte y periodista. La única mujer que fue elegida

diputada en las tres elecciones durante el periodo republicano. «Por su origen judío, su vida libre, su condición de madre soltera voluntariamente elegida y sus ideas políticas, que se fueron acercando cada vez más a posiciones comunistas, fue duramente atacada» (Biblioteca Nacional de España, s. f.). El exilio la llevó a París, luego a Moscú y a México, donde falleció el 9 de marzo de 1968.

- [11] Artículo 36 de la constitución de la II República: Los ciudadanos de uno y otro sexo, mayores de veintitrés años, tendrán los mismos derechos electorales conforme determinen las leyes.
- [12] Artículo 43 de la constitución de la II República: La familia está bajo la salvaguardia especial del Estado. El matrimonio se funda en la igualdad de derechos para uno y otro sexo, y podrá disolverse por mutuo disenso o a petición de cualquiera de los cónyuges con alegación en este caso de justa causa.

## AmeliCA

### Disponible en:

<https://portal.amelica.org/ameli/ameli/journal/260/2605634003/2605634003.pdf>

Cómo citar el artículo

Número completo

Más información del artículo

Página de la revista en [portal.amelica.org](http://portal.amelica.org)

AmeliCA

Ciencia Abierta para el Bien Común

María Eugenia Cairo<sup>[1]</sup>

NATALIA: DEL SILENCIO RESISTENTE AL GRITO DE INFIERNO RESILIENTE

*NATALIA: FROM RESISTANT SILENCE TO A RESILIENT HELLISH SCREAM*

*Gamma*

vol. XXXVII, núm. 76, 2026

Universidad del Salvador, Argentina

[revista.gramma@usal.edu.ar](mailto:revista.gramma@usal.edu.ar)

**ISSN:** 1850-0153

**ISSN-E:** 1850-0161